

LOS COMIENZOS DEL MOVIMIENTO OBRERO CUBANO*

Al examinar el nacimiento y los primeros pasos del movimiento obrero cubano, hay que tomar en cuenta algunos factores fundamentales que no existían en la etapa inicial del movimiento obrero europeo. El primero de ellos es que Cuba era, hasta 1898, una colonia de España. El segundo consiste en que la esclavitud fue abolida muy tarde: en 1886. Y, unido a estos factores, surgió el siguiente fenómeno: en el incipiente movimiento obrero estaban presentes diversas etnias, grupos de origen africano, europeo y asiático, respectivamente, planteándose, debido a esta situación, problemas originados por las diferencias de idioma, cultura, costumbres y color.

Conviene señalar al respecto que los integrantes de la clase obrera cubana procedían de cuatro fuentes diferentes. Aparte de los obreros nacidos en la Isla (igualmente con diferencias en el color de la piel) se podía contar con los esclavos: en el siglo XIX fueron introducidos todavía varios cientos de miles de éstos —procedentes de Africa— en Cuba. En el segundo tercio del siglo XIX eran traídos a Cuba más de cien mil culíes chinos. Estos debían trabajar, en virtud de la contrata por la cual eran reclutados, durante 4, 6 u 8 años, respectivamente, y una vez vencido el período, por el cual fueron contratados, se quedaron en la Isla. Era igualmente continuo el arribo de obreros europeos, particularmente españoles.

Todo ello significaba que la esclavitud existía aún en el período del nacimiento del movimiento obrero, o sea en la primera etapa de su organización como clase; por otra parte, los factores expuestos anteriormente conducían al surgimiento de una profunda estratificación dentro del movimiento obrero en formación. Entre las distintas capas obreras podían percibirse diferencias y distancias especialmente considerables en cuanto a los aspectos ideológicos. Los obreros, procedentes de Europa, traían consigo las ideas conocidas en el seno de la I Internacional: las del marxismo o las teorías anarquistas. Por lo tanto, era conocido ya en Cuba el “nivel mundial” del movimiento obrero internacional en un momento en que, por ejemplo, los ex-esclavos que iban incorporándose al proletariado, creaban todavía *santerías*, es decir sectas de carácter religioso dedicadas a rendir culto a sus dioses africanos. Ello significaba que las diferencias organizativas, ideológicas, políticas y étnicas, que había que tomar en cuenta y cuya eliminación surgía como una necesidad, eran extraordinariamente grandes. Debido a esta situación se requería que los destacamentos más avanzados del movimiento revolucionario manifestaran una *tolerancia* sumamente grande y realizaran una unidad obrera, libre de cualquier clase de sectarismo.

El tercer factor que había que tomar en cuenta en este período inicial del movimiento obrero cubano que abarcaba de 1850 a 1907—1910, aproximadamente, consistía en el hecho de que Cuba no llegaría a conocer la independencia. A comienzos del presente siglo la Isla quedó convertida en una neocolonia de Estados Unidos.

En el último tercio del siglo XIX surgió en Cuba una situación peculiar. Cuba era *todavía* una colonia española e iba organizándose en ella la lucha contra España;

* Este artículo constituye un capítulo de „La historia del movimiento obrero en America Latina”. La versión integrada de dicha obra será publicada próximamente en la lengua húngara por Editorial Kossuth.

no obstante, había que contar ya con los designios expansionistas manifestados por Estados Unidos que quería apropiarse de la Isla. Estos designios fueron expresados por la política estadounidense, conocida como la de la "fruta madura".

Estos eran los factores determinantes de la organización obrera en la etapa examinada, y dichos factores requerían, a su vez, que el movimiento obrero de ese período inicial estableciera un particular sistema de tareas en tres terrenos: la lucha independentista contra los colonizadores españoles, la necesidad de eliminar los prejuicios raciales y las tareas antimperialistas surgieron conjuntamente con las tareas encaminadas a la liberación económica y social del naciente proletariado. Las primeras requerían la formación y desarrollo de una amplia política de alianza, mientras que las últimas significaban la primacía de los puntos de vista clasistas del proletariado. De manera que en el período inicial del movimiento obrero cubano surgían y "se amontonaban" —sobreponiéndose las unas a las otras— tantas tareas revolucionarias, que —debido a su cantidad enorme y carácter sumamente variado— no pueden igualarse siquiera a las que registra la historia de los movimientos obreros, movimientos de inicio relativamente tardío, en Europa Central y Oriental.

En el período anterior a la Guerra de los Diez Años (librada contra los colonizadores españoles entre 1868 y 1878) la intensificación considerable de la orientación de Cuba hacia los mercados norteamericanos fue originada no sólo por la producción y la industria azucarera, sino también por el cultivo y el sector manufacturero del tabaco, así como por el lento y continuo desarrollo de la economía ganadera; mientras tanto la producción de café, cacao y algodón sufrió una contracción. Los principales ramos de la industria eran la industria azucarera, la industria tabacalera, la elaboración de productos pecuarios y la explotación de las minas de cobre. Durante el período comprendido entre 1840 y 1868-78 el sector azucarero fue sometido a numerosas innovaciones tecnológicas, y entretanto iba entrando también en crisis —debido a la desaparición de las fuentes africanas de mano de obra esclava— la producción basada en trabajo esclavo.¹

La revolución industrial se iniciaba en el sector azucarero en los años 1850 y alcanzaba su auge después de 1878, transformando vertiginosa y decisivamente la economía y la sociedad de Cuba. Podemos comprender el verdadero significado de todo ello, si tomamos en consideración que Cuba aseguraba ya antes de 1868 un tercio de la producción de azúcar del mundo.

Esta transformación originaba una *concentración* de ritmo acelerado de las plantaciones azucareras (influyendo también sobre otros ramos de la agricultura), por una parte, y, por otra, implicaba igualmente la introducción de modificaciones importantes en la industria azucarera: los *ingenios* anticuados y de baja productividad, operados con fuerza de trabajo de origen humano y animal, resultaron desplazados por los *centrales* con maquinarias de elevada capacidad productiva. En tercer lugar, este cambio significó también —a causa de la expansión de la producción europea de azúcar de remolacha— un *viraje* en el rumbo de las exportaciones cubanas de azúcar: la producción azucarera cubana —y, conjuntamente con ella, el destino de la Isla— pasó a depender totalmente del mercado estadounidense. Este cambio radical fue acelerado por la caída vertical, a fines del siglo, del precio del azúcar en el mercado mundial (la que se debió al aumento considerable de las cantidades de azúcar de remolacha). Ofrecemos a continuación, sólo a manera de ilustración, las cifras relativas al ritmo de crecimiento de la producción azucarera cubana en el siglo XIX:²

¹ LE RIVEREND, JULIO: Historia económica de Cuba, Habana, 1971, págs. 295—332

² BENÍTEZ, JOSÉ A.: Las Antillas: Colonización, Azúcar e Imperialismo, Habana, 1976, págs. 237—46.

1821	18.164 tons.
1840	42.342 tons.
1855	193.920 tons.
1865	620.000 tons.
1895	1.004.246 tons.

De esta última cantidad 800.000 toneladas se dirigían al mercado estadounidense. El viraje producido ya por los alrededores de la medianía de siglo en el comercio exterior se ilustra bien por los *principales* rumbos de las exportaciones. En 1852 el total del comercio cubano de exportación (100 %) estaba distribuido de la manera siguiente: 14,1 % a España, 20 % a Inglaterra, 44 % a Estados Unidos, 5,9 % a Alemania y el 16 % restante a otros países.³ La primacía del azúcar en el comercio exterior contribuyó a que las proporciones siguieran volviéndose aun más deformes. En 1880 el 82 % de las exportaciones de azúcar se dirigían a Estados Unidos, el 5,7 % a España, y el 4,4 % a Inglaterra.⁴

Esta transformación arrojó la consecuencia de que, en el período posterior a la Guerra de los Diez Años, las circunstancias originadas por la competencia agudizada y por la caída de los precios determinaron la ruina de una parte considerable de los hacendados de la oligarquía azucarera cubana; de manera que el proceso de concentración significaba también la penetración del capital norteamericano y el establecimiento del control estadounidense sobre el sector azucarero. Así, por ejemplo, en la ciudad de Santiago de Cuba, centro de la zona azucarera de Oriente, tenían establecidas sus respectivas oficinas 189 firmas estadounidenses en 1886, mientras que en 1891 el número de las firmas norteamericanas con oficinas en dicha ciudad ascendía ya a 296. La dependencia de Cuba con respecto a los Estados Unidos se vio profundizada por el hecho de que la industria de *refinación* del azúcar se estableció en territorio estadounidense y no en la Isla. Debido a esta revolución industrial el trabajo esclavo se volvió anacrónico; no obstante, la abolición de la esclavitud, decretada en 1886, conducía sólo parcialmente al surgimiento de una fuerza de trabajo libre. Puede hacerse esta afirmación, ya que la ley posibilitaba que los antiguos amos, o sea los grandes terratenientes siguieran disponiendo de sus ex-esclavos (recurriendo a la institución llamada patronato). Ello conducía al surgimiento del *sistema de colonato*, en cuyo marco el hacendado dio en *arrendamiento* sus tierras parceladas. A fines de la década de los años 1880 este sistema aseguró del 30 al 40 % de la producción azucarera. Aparte de este sistema, existía otro "modelo" que, naturalmente, importa más desde el punto de vista de nuestro análisis: se trata de las plantaciones (principalmente, de propiedad norteamericana), en las que los ex-esclavos eran empleados como proletarios agrícolas o como obreros en los establecimientos industriales de las mismas. En la zona de Oriente se concentraba ya a principios del siglo XX un proletariado azucarero de importancia. Las plantaciones tabacaleras cubanas seguían representando un predominio de la pequeña propiedad. En la industria tabacalera la concentración de los talleres manufactureros no podía desplazar el trabajo manual (confección de tabacos), y, por eso, podía observarse en este sector un aumento importante del número de los obreros. No obstante, en el último tercio del siglo la industria tabacalera cubana no era capaz de subsistir en la aguda competencia internacional que le hacían Estados Unidos y Puerto Rico, y el capital estadounidense logró penetrar también en esta industria debilitada. El control sobre los mayores alma-

³ KNIGHT, FRANKLIN W.: Origins of Wealth and the Sugar Revolution en Cuba, en *Hispanic American Historical Review*, 1977, N. 2, pág. 248.

⁴ BENÍTEZ, JOSÉ A.: op. cit., pág. 246.

cenes y fábricas de la capital, así como sobre el 60 % del tabaco destinado a la exportación estaba ya antes de 1895 en manos de tres firmas estadounidenses. Los pequeños productores llamados *vegueros* —al no poder pagar la mayoría de las veces las deudas contraídas con estas firmas— pasaron también a depender de ellas.

Este proceso de concentración no implicaba una ampliación de la producción; por eso, varios miles de tabaqueros calificados emigraron —principalmente, durante el período correspondiente a la Guerra de los Diez Años — a los Estados Unidos, contribuyendo allí al establecimiento de una industria rival. En ese período se experimentaba el resurgimiento del sector minero cubano. El cobre podía ser colocado en el mercado de Inglaterra, y se ha dado inicio también a la explotación de las minas de manganeso y hierro.

De todos modos, lo anteriormente expuesto no puede opacar el hecho de que el principal rasgo característico del desarrollo cubano de esa época fue la expansión azucarera y de que los demás sectores tenían solamente una importancia secundaria. Como otro hecho determinante debe ser mencionado el de que en la economía cubana el capital inglés y el español quedaron relegados a segundo plano por Estados Unidos, logrando éste la vinculación del comercio exterior de la Isla al mercado norteamericano.

Cuba llegó a convertirse en la primera víctima de la expansión norteamericana; esta expansión venía preparándola, de un modo evidente y manifiesto, desde principios del siglo XIX.⁵

América Latina era considerada como su propio “rancho” (expresión empleada por Lord Canning) no solamente por los ingleses: los Estados Unidos querían también que el subcontinente quedara única y exclusivamente para ellos. Intenciones semejantes a las que llegarían a proclamarse mediante la famosa doctrina Monroe (1823), fueron manifestadas ya por Jefferson (1786); a partir de 1881 el imperialismo norteamericano comenzó a poner en práctica sus planes expansionistas mediante la formación de las ideas y de la organización del panamericanismo.

El senador Platt indicó explícitamente: “La historia de las conquistas territoriales es la historia del progreso y gloria de nuestra nación...” Y manifestó también lo siguiente (1899): “Nosotros somos hoy día la nación más rica del globo.”⁶

Cuba se convirtió en el blanco de este viejo deseo norteamericano, pero, además, EE. UU. instauró también su control sobre toda la zona del Caribe y, en general, sobre América Central. Desde 1880 hasta la primera guerra mundial pasaron a manos norteamericanas el azúcar, la producción bananera, el tabaco, el café, las riquezas mineras y los ferrocarriles, y en ese entonces comenzó también a establecerse el gran “imperio”: la United Fruit Company. Inglaterra quedó desplazada de la zona, la que — después de 1898, año en que se produjo la separación de Cuba respecto de España— llegó a constituir un campo de *experimentación* para la política neocolonial del imperialismo norteamericano.⁷ En el caso de Cuba, que obtuvo su independencia formal, pero que —a consecuencia de la ocupación militar norteamericana y, luego, debido a la Enmienda Platt— pasó a la condición de neocolonia, la deformación estructural de su economía y su dependencia con respecto a los Estados Unidos llegarían a ser completas y enteras en el transcurso del período que duraba hasta 1929. A principios del siglo XX los fenómenos más característicos de este proceso eran

⁵ PINO-SANTOS, OSCAR: El asalto de Cuba por la oligarquía financiera yanqui, Habana, 1973, págs. 17—71.

⁶ ALGUILAR, ALONSO: Pan-Americanism from Monroe to the Present, Nueva York-Londres, 1968, pág. 41.

⁷ KEPNER, CH. D.-SOOTHILL, J. H.: El imperio del Banano, Habana, 1961.

la rápida aparición de los grandes bancos, el acaparamiento de tierras por ciudadanos estadounidenses, el aumento de la deuda pública y la intensificación del proceso de concentración de la producción. Se constató en Cuba con amargura: 1.000 de las 1.200 millas de vías férreas, 150 de los 204 centrales azucareros y cuatro de cada cinco bancos eran propiedad yanqui, y el 90 % de la industria tabacalera se encontraba igualmente en manos norteamericanas.⁸

Aunque La Habana, capital del país, haya ido transformándose hasta constituir una moderna metrópoli, no se establecieron en la Isla —aparte de las ya mencionadas (azucarera, tabacalera, minera) —industrias de importancia; el abastecimiento a través de las importaciones— junto al asegurado por la industria artesanal— siguió desempeñando un papel decisivo. La clase obrera industrial representaba (según el censo de 1899) el 14 % de las personas con ocupación; cabe señalar que del total de los obreros industriales de 40 % correspondió a los tabaqueros. Según el mencionado censo de 1899, trabajaban en La Habana 24.169 tabaqueros; el número de éstos ascendía en 1907 a 27.503. Según testimonio el censo, los demás ramos de la industria estaban representados principalmente por los oficios artesanales (5.426 panaderos, 14.204 carpinteros, 6.557 albañiles, 3.481 sastres, 6.320 zapateros, etc.). No obstante, aparte de los trabajadores mencionados anteriormente, debemos tener también en cuenta a los obreros portuarios, cuyo número ascendía a varias decenas de miles (sólo el de los marinos ascendía a 4.820) y que aparecieron en el censo, de un modo un tanto oculto, en la categoría de “jornaleros”. En cuanto a la composición étnica de la *industria urbana* cubana, Le Riverend indicó lo siguiente: a fines del siglo XIX el 40 % de los trabajadores de dicha industria correspondió a “blancos nativos”, el 20 % a “blancos inmigrantes” y el restante 40 % a “negros”. Según cálculos estimados, hechos por los alrededores de fines del siglo XIX y principios del XX, el número de los integrantes del proletariado agrícola ascendía a 300.000, aproximadamente. Una parte muy considerable de esta cifra estaba representada por ex-esclavos.⁹

Las primeras organizaciones de socorros mutuos se constituyeron en Cuba, en los años 1840-50, en el seno de los organismos corporativos de la colonia y conservando los rasgos característicos de los mismos. La Sociedad de Socorros Mutuos de Abogados de la ciudad de la Habana se estableció en 1848, la Sociedad de Maquinistas Españoles en 1850, y en 1857 se fundó la Sociedad de Socorros Mutuos de Honrados Artesanos y Jornaleros. En el reglamento de la Sociedad de Socorros Mutuos, llamada Nuestra Señora del Pilar, se refleja de un modo inequívoco el carácter fundamental de las organizaciones de esa época:

“Todo individuo que quisiera ser incorporado en esta Sociedad — se advierte en el reglamento —, debe concurrir en él indispensablemente las siguientes cualidades: ser blanco, de notoria honradez, carácter prudente, amante del trabajo, y que al tiempo de pretenderlo, tanto el aspirante como su familia disfruten de buena salud”. El único fin de la Sociedad es “socorrer en caso de enfermedad o de muerte a sus integrantes y familiares desvalidos”.¹⁰

De manera que en los años 1850—60 las sociedades de socorros mutuos se constituyeron en base a principios *raciales*. En los barrios pobres de La Habana se fundaron numerosas sociedades de mulatos (“de pardos y morenos”) y de negros libres que —por tener que merecer la buena voluntad de las autoridades coloniales españolas— debían realizar sus actividades bajo la advocación de un patrono celes-

⁸ ARREDONDO, ALBERTO: *El negro en Cuba*, Habana, 1939, pág. 57.

⁹ LE RIVEREND, JULIO: *op. cit.*, pág. 493, y *Census of Cuba*, 1899, Washington, págs. 462-63.

¹⁰ PORTUONDO, JOSÉ A.: “La Aurora” y los comienzos de la prensa y de la organización obrera en Cuba, Habana, 1961, págs. 16—17.

tial.¹¹ Entre los inmigrantes de procedencia europea y habla española, establecidos en la isla de Cuba, la fuerza cohesiva estaba representada por los lazos de nacionalidad. Constituyeron separadamente sus respectivas organizaciones tanto los naturales de Canarias como los trabajadores de procedencia asturiana, etc. En ese entonces surgieron también las primeras sociedades secretas negras de los *abakuás* que persiguieron igualmente el objetivo de *socorrerse mutuamente* y el de recolectar dinero para la liberación de esclavos. Estas sociedades se formaron también en otras grandes ciudades de la Isla. De todas las maneras, José A. Portuondo afirmó con justa razón que en estas sociedades surgieron también por primera vez los sentimientos y lazos de solidaridad clasista.¹²

La primera sociedad de socorros mutuos que rompió con los principios de estirpe medieval, fue *la de los cajistas* (1865) que deseaba extender su esfera de acción a toda la Isla y cuyas bases constitutivas tenían un carácter clara y explícitamente clasista. Teniendo también este mismo carácter se estableció la Asociación de Tabaqueros (1866) que pronto llegaría a contar con casi diez mil afiliados. Estas sociedades plantearon también —aparte del propósito de socorrerse mutuamente en caso de enfermedad— la necesidad de organizar cooperativas obreras haciendo igualmente hincapié en la importancia de la educación cultural de los obreros.¹³ En la difusión de estas ideas llegó a desempeñar un papel de enorme significación la primera publicación obrera de Cuba: *La Aurora* (1865). Su director y fundador fue *Saturnino Martínez*, obrero inmigrante (asturiano de nacimiento), quien trabajaba de noche como empleado de la Biblioteca Pública de la *Sociedad Económica de Amigos del País*. Durante su breve existencia (hasta el mes de junio de 1868) *La Aurora* se convirtió en el foro de mayor importancia para propagar la necesidad de formar sociedades de principios clasistas, las ideas del cooperativismo y el propósito de proporcionar instrucción a la clase proletaria; esta publicación llegó a ser también una propulsora de la constitución de numerosas sociedades y asociaciones. Fue la primera en contribuir al robustecimiento de la conciencia proletaria, aun cuando sea cierto que los métodos y recursos, propagados por este semanario, se limitaban a tener un carácter reformista, muy moderado. La importante repercusión, lograda por *La Aurora* se testimonia bien a través de una de las más originales instituciones latinoamericanas: “la lectura” en los talleres. En 1866 se inició en La Habana —primero en el Arsenal del Apostadero, y luego en las fábricas de tabacos— un interesante movimiento: de entre los obreros blancos, mulatos y negros que trabajaban callados entre 12 y 14 horas, los de voz agradable y mejor entonación— alternándose cada media hora— dieron lectura a diversas obras en tanto que los demás operarios estaban trabajando. Este movimiento que aprovechaba también para las lecturas las “entregas” de *La Aurora*, divulgaba las ideas de las asociaciones obreras, y además los obreros podían enterarse también —a través de las lecturas— de las grandes luchas liberadoras y de las ideas nuevas del siglo, así como del los acontecimientos ocurridos en otras partes del mundo. Teniendo en cuenta el importante papel que los tabaqueros llegarían a desempeñar en las luchas por la abolición de la esclavitud y por conquistar la independencia, se puede suponer que esta obrera abnegada, dotada de una cultura de alto nivel y dispuesta siempre para la lucha, comenzaba a formarse en esos tiempos, en los de las lecturas en los talleres. Las autoridades coloniales españolas y los industriales reaccionaban violentamente

¹¹ RIVERO MUÑOZ, JOSÉ: La lectura en las tabaquerías, (separata), págs. 224—25.

¹² PORTUONDO, JOSÉ A.: op. cit., pág. 18.

¹³ Los obreros hacen y escriben su historia, Habana, 1975, págs. 187—89.

¹⁴ Véase op. cit. de Portuondo.

ante este movimiento. La censura de las obras leídas, la oposición de numerosos marxistas a la lectura, y luego el decreto en que la misma fue prohibida, indicaron que el movimiento era considerado especialmente peligroso por las clases dominantes, principalmente después de que la lectura se hiciera también extensiva a otros talleres y fábricas, así como a otras ciudades y a las zonas agrícolas.

En la *Sociedad Cooperativa de Artesanos* que comenzaba a utilizar ya la denominación de Gremio de Tabaqueros, surgían en 1866 diferencias de opinión, indicando que estaba formándose una capa de los tabaqueros, de propósitos radicales y combativos, dispuesta a luchar. Los integrantes de dicha capa obrera organizaron ya en ese mismo año una *huelga* en la fábrica de tabacos de „*H. de Cabañas y Carvajal*”. La primera huelga de Cuba, de que se tiene noticia, fue brutalmente reprimida por las autoridades. Los operarios fueron despedidos, se prohibió la lectura en los talleres, y *La Aurora* se vio obligada a transformarse en una publicación de carácter literario.¹⁴

Durante el período correspondiente a la Guerra de los Diez Años (1868-78) el movimiento obrero cubano no pudo desarrollarse orgánicamente. E, incluso, miles de los operarios de los talleres manufactureros del tabaco y fábricas de tabacos cuya producción se vio paralizada por causa de la guerra, emigraron a los Estados Unidos, llegado a constituir el principal destacamento de la industria tabacalera surgida allí, haciendo resurgir la institución de las lecturas, y creando también la base social para las luchas armadas contra los colonizadores españoles.

La Guerra de los Diez Años representaba para el movimiento obrero cubano una línea divisoria. Una parte de los inmigrantes españoles —como, por ejemplo, el prestigioso líder obrero Saturnino Martínez— se convirtieron en partidarios de la causa de los colonizadores, mientras tanto la mayoría apoyaba la guerra de Independencia, dirigida por Céspedes. Estos últimos trabajaban en las organizaciones independentistas que conspiraban contra los colonizadores o las apoyaban. A este respecto el Gobierno colonial podía referirse con justa razón a las llamadas “maquinaciones de la Internacional”, aun cuando sea cierto que no existía acción directa alguna por parte de la misma. Los gritos de “¡Viva Cuba Libre!” y “¡Abajo España!”¹⁵ fueron lanzados por obreros en los lugares de ejecución de los españoles. No obstante, es necesario señalar que —aunque durante el período de la Guerra de los Diez Años muchos inmigrantes españoles (varios de ellos afiliados a la I Internacional) hayan traído a Cuba las ideas del anarquismo y del socialismo— el movimiento obrero cubano y sus organizaciones podían desarrollarse solamente fuera de la Isla (¡en las fábricas de la industria tabacalera estadounidense!). En aquel entonces el *plano fundamental* de las contradicciones de clase era el que aparecía entre los colonizadores y la colonia, y la gran mayoría de la clase obrera cubana se volvió partidaria de la independencia.

Blas Roca caracterizó de la manera siguiente la situación surgida en Cuba para finales de la Guerra de los Diez Años: “En el curso de la Guerra de los Diez Años este incipiente movimiento de los obreros fue casi destruido. Cuando resurge, en 1875, toma la forma gremial y se extiende entre los trabajadores sastres, albañiles, herreros, carpinteros, zapateros, etc.” A lo que Fernando Ortiz añadió: “Fue al acabarse la guerra diezañea, en 1877, cuando la mujer por primera vez entró como obrera en una fábrica de La Habana: fue en la cigarrería “La Africana”.¹⁶ El desarrollo del movimiento obrero era propiciado no sólo por la finalización de la guerra, sino

¹⁵ ZORINA, A. M: *Rabocsee dvizsenyije na Kube. 1850—1925*, Moscú, 1975, págs 66-67.

¹⁶ AGUIRRE, SERGIO: Antecedentes del movimiento obrero cubano, en *Cuaderno de Historia*, Habana, 1965, N. 2, pág. 13.

también por el hecho de que el auge económico requería nuevas masas obreras tabacaleras y propulsaba también la intensificación de la producción en otros sectores de la industria urbana. Prácticamente en todas las ciudades y en todos los ramos de la industria se formaron gremios, así como surgieron instituciones culturales y publicaciones obreras. Entre éstas últimas las más conocidas de la época eran las siguientes: *El Obrero* (1878), *La Unión* (1878), *La Razón* (1878), *La Cooperativista* (1879), *El aviso del obrero* (1879), *El Artesano Liberal* (1883, Santa Clara), *El eco del proletariado* (1883), *El obrero* (1884). En 1878 la creación de una federación de los gremios de la industria tabacalera (cuyo líder fue Saturnino Martínez), la Junta Central de Artesanos indicaba que iba surgiendo ya el deseo de lograr una amplia unificación de las fuerzas obreras.

El funcionamiento de las organizaciones se basaba en el propósito de socorrerse mutuamente, no obstante, los intensos movimientos huelguísticos desarrollados entre 1883 y 1887 testimoniaban que los gremios iban constituyendo en medida creciente los marcos adecuados para las luchas económicas de los obreros. En medio de estas luchas económicas se puso de manifiesto la escasa eficacia del sistema de socorros mutuos e iba mermándose el prestigio, adquirido en épocas anteriores, de los líderes obreros que seguían siendo partidarios de este movimiento y método. Muchos acusaban de traición, por la infructuosidad de las huelgas, al propio Saturnino Martínez, y este hecho indicaba ya el fin del método de socorros mutuos; las organizaciones obreras se convirtieron en organizaciones dedicadas a la lucha por lograr la disminución de la jornada laboral, mejoras de las condiciones de trabajo y aumentos salariales.¹⁷

Las nuevas organizaciones obreras, constituidas después de 1878 y entre las cuales las más vigorosas volvieron a ser los gremios formados en la industria manufacturera del tabaco, hacían resurgir la institución de la lectura en los talleres, mediante la cual se divulgaban las ideas de los clubs revolucionarios de la emigración. (Dichos clubs fueron organizados en los Estados Unidos por José Martí y sus partidarios.)

Como resultado de los propósitos unificadores se fundó en 1885 el *Círculo de Trabajadores*, de carácter unitario, que, sin embargo, llegó a constituir un escenario para intensas y agudas luchas ideológicas.

Saturnino Martínez y sus seguidores eran partidarios de las viejas fórmulas de los socorros mutuos y del cooperativismo. Apareció también el representante del marxismo en la persona de Enrique Roig San Martín. No obstante, la corriente más fuerte estaba representada por los anarquistas. Pese a estos debates, el mencionado Círculo agrupaba a fines de la década de los años 1880 a una enorme masa obrera, consistente en aproximadamente 80.000 obreros organizados.¹⁸

La situación del movimiento obrero cubano y el camino recorrido por él podían percibirse muy bien por la composición y a través de los debates de la asamblea obrera, celebrada en 1887. Este "congreso" consistía en realidad en una serie de negociaciones que duraban desde el mes de agosto hasta noviembre y que estaban encaminadas a la creación de un centro obrero. Como resultado de estas deliberaciones se constituyó en noviembre de 1887 la *Junta Central de Artesanos de La Habana* cuya resolución contenía las siguientes ideas:

— se considera necesaria la organización de los obreros de la zona habanera para que éstos puedan defender con eficacia sus intereses económicos y sociales;

¹⁷ ZORINA: op. cit., págs. 85—93.

¹⁸ GOLDENBERG, BORIS: Los sindicatos en América Latina. Hannover, 1967.

- las organizaciones surgidas deben integrarse en base al principio federativo, para lo cual debe servir de modelo la Federación Española;
- las distintas comunidades deben gozar, en el seno de la federación, de la más plena autonomía;
- la colaboración colectiva debe hacerse extensiva a todos los propósitos importantes de la vida obrera;
- debe prohibirse en el seno de la federación la divulgación de cualquier clase de doctrinas políticas y religiosas, “dejando como único y universal principio el de la emancipación económico-social y la confraternización”;¹⁹
- debe observarse y mantenerse la solidaridad más estrecha en toda huelga.

Una de las primeras acciones, realizadas por la Junta Central, fue la de promover —en homenaje a los mártires de Chicago— un mitin en el que participaban más de dos mil obreros. Al mismo tiempo, la protesta enviada al gobernador del estado de Illinois fue firmada por los gremios de los litógrafos, los tabaqueros, los despalladores, los panaderos, los cigarreros, los planchadores, los zapateros, los maquinistas y los sastres, respectivamente.

Después de la asamblea de 1887 en el movimiento obrero cubano se separaron claramente la tendencia reformista y la de espíritu revolucionario. Llegó a crearse la *Unión Obrera*, en la que se agrupaban los gremios reformistas y partidarios de la colaboración con los españoles, gremios que seguían defendiendo la fórmula de socorros mutuos. La tendencia revolucionaria halló acogida en la *Alianza Obrera*.

No obstante, desde fines de la década de los años ochenta surgían perspectivas de mayor dimensión para la organización obrera. Estas posibilidades se vieron incrementadas no sólo por la abolición de la esclavitud, sino también por la ley de asociación, promulgada en 1888.

Era de enorme importancia la celebración del primer *congreso obrero*, con la participación de más de mil delegados, en 1892. Se trataba de un congreso de carácter realmente nacional (“Congreso Regional Obrero de Cuba”). Sus principales demandas se centraron en la jornada de ocho horas, el derecho a la huelga, la creación de una organización obrera unitaria y la protesta contra la discriminación racial, pero además se puso también énfasis en la lucha por la independencia de Cuba. Con anterioridad a la celebración del congreso, el movimiento obrero cubano conmemoró ya en dos ocasiones (1890, 1891) el Primero de Mayo, y se ha convertido en una importante fuerza política de la Isla.

En las deliberaciones del congreso se plantearon cuestiones de vigencia y dimensión nacionales.

Una de ellas fue el problema de la jornada de trabajo. Había que encarar resueltamente el hecho de que en las plantaciones e industria azucareras había que trabajar entre 12 y 16 horas diarias durante el período de la *zafra*, mientras que durante el prolongado *tiempo muerto* decenas de miles de trabajadores vagaban sin tener trabajo. Un obrero anarquista llamó también la atención sobre el hecho de que en la industria se comenzaba a sustituir, de manera tendenciosa, el trabajo de hombres por el de mujeres, pagándose a éstas últimas solamente del 50 al 70 % de los anteriores jornales. Al hablar de la solución de estos problemas, el obrero Eduardo González se refirió a Marx (llamándolo “Carlos March”): “Para realizar estos fines es necesario que os asociéis.” Y añadió: “¡Asociáos y armaos!” Otros hablaban del incremento de la intensidad del trabajo que pudo ser logrado por los industriales mediante el empleo de maquinarias en la industria tabacalera.

¹⁹ TELLERÍA, EVELIO: Los congresos obreros en Cuba, Habana, 1963, pág. 31.

Pero en el congreso se plantearon no solamente las cuestiones sociales, concernientes a la vida de los obreros; se puede ver claramente que los participantes en el congreso se dedicaban a analizar sus problemas cotidianos, teniendo en cuenta una *perspectiva revolucionaria*. Un obrero llegado de Santa Clara, Anselmo Álvarez lo expresó así en su discurso: "Hace 18 años que vengo persiguiendo el mejoramiento de la clase obrera y nunca había presumido que se celebrase este Congreso. Sirva éste de estímulo a la juventud para que continúe nuestra obra y no desmayen hasta la redención de la clase."²⁰

Figuraba también muchas veces en las intervenciones la expresión de "revolución" y, aunque hayan sido diferentes las interpretaciones relativas a la misma y las opiniones sobre los caminos que conducirían a ella, los asistentes al congreso aprobaron unánimemente la necesidad de una revolución como objetivo final. Algunos consideraban que sería la huelga general, la que conduciría a la revolución, otros abogaban que la misma partiera de Europa ("cuando llegue la hora de Europa").

En el curso de los debates desarrollados en el congreso iba enriqueciéndose el contenido de la revolución social, y, según se desprende de las resoluciones aprobadas, éstas reflejaban un anhelo generalizado. La moción aprobada contenía la idea de la conquista de la independencia para Cuba, resaltando que las luchas e ideas de la clase trabajadora no podían significar "un nuevo obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo, aunque la libertad a que ese pueblo aspire sea esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo."²¹

En el marco de las deliberaciones relativas a la revolución social se planteó en el congreso el problema de la discriminación racial. Daniel Rodríguez, llegado de Pinar del Río, preguntó en esta forma: "¿El negro no es de igual figura que el blanco?" A su vez, Eduardo González advirtió en el debate acerca de los Estatutos: ¡Hay que emplear una fórmula que sea también atractiva y aceptable para los 500 mil negros! En su resolución el congreso propuso elaborar un plan especial para la lucha contra la discriminación racial. Esta atención especial era muy justificada. En 1892 existían solamente en La Habana 28 importantes organizaciones de *negros y mulatos*, que agrupaban principalmente a obreros, se dedicaban a actividades culturales y de socorrerse mutuamente, y actuaban también como instituciones de autodefensa en la lucha contra los prejuicios raciales. La obtención de su apoyo a la lucha común era una cuestión significativa y de actualidad, y el debate testimoniaba que los obreros organizados de Cuba hacían ya sus juicios y expresaban sus ideas basándose en categorías de clase.

Las diferentes posiciones ideológicas se plantearon agudamente en relación con las cuestiones de organización, pero, al mismo tiempo, un rasgo fundamental del debate fue también su carácter equilibrado. Eduardo González, conocedor de las obras de Marx, caracterizó claramente la situación: "aunque muchos trabajadores discrepen en el terreno de los principios, no debe ser así en el terreno económico".

Varios anarquistas aspiraban, de un modo sectario, a que sus propias ideas fueran aprobadas por el movimiento gremial, no obstante ello fue rechazado por la mayoría. "Este no es un Congreso de anarquistas, sino de trabajadores" decía el argumento utilizado en contra de dichas aspiraciones, argumento que fue aceptado también por la mayoría de los anarquistas. La opinión de éstos últimos fue expre-

²⁰ Ibid, pág. 38.

²¹ Ibid, pág. 44.

sada por Romaele: "Soy anarquista, pero condicional. Entiendo que para la propaganda se necesita un cuerpo, pero con dirección." A lo que añadió Messonier: "yo aconsejo a los anarquistas, mis correligionarios, que no hablemos de anarquía. Hagamos esta concesión en favor de nuestro principal objetivo."²²

La moción aprobada por el congreso, la que reconocía el "socialismo revolucionario" como ideología del movimiento obrero cubano, significaba entonces —en lo fundamental— un *anarcosindicalismo*, y la *Federación de Trabajadores de Cuba*, fundada en aquel entonces, se constituía como una organización integrada por secciones, cada una de las cuales gozaba de plena autonomía para realizar sus propias acciones.

Forma también parte de la historia del movimiento obrero cubano la actividad de las organizaciones obreras de la emigración cubana en los *Estados Unidos*. Cuando en 1892 se constituyó en el exilio, el *Partido Revolucionario Cubano* (PRC), bajo la dirección de José Martí, los fundadores del mismo y el destacamento más importante de sus activistas y clubs estaban representados por los obreros emigrados.

El establecimiento de una colaboración entre el movimiento obrero y otras fuerzas de la lucha independentista fue el mérito de *Carlos Baliño*. Al salir de Cuba en 1869, Baliño era ya un obrero organizado, perteneciente al *Club de Artesanos*. En los Estados Unidos creó las organizaciones de los tabaqueros cubanos, bajo la denominación de *Caballeros del Trabajo*, participaba en sus movimientos huelguísticos, y allí, en tierra norteamericana, llegó a conocer a José Martí. Desde su encuentro las organizaciones y publicaciones obreras, fundadas por Baliño, se convirtieron también en bases para la lucha independentista. Como uno de los fundadores y dirigentes del PRS, Baliño organizó después de 1892 *clubs revolucionarios* en las colonias de la emigración cubana, y llegó a ser uno de los principales organizadores de la lucha que se iniciaría en 1895 por obtener la independencia; al mismo tiempo seguía siendo un combatiente y divulgador de las ideas y organización obreras revolucionarias, así como del marxismo, el cual era abrazado por él con entusiasmo.²³

El mérito fundamental de Baliño consiste en haber organizado las capas obreras de los cientos de miles de emigrados cubanos en los Estados Unidos y logrado que sus organizaciones revolucionarias, principalmente las de los tabaqueros se pusieran del lado de la causa independentista. El PRC era apoyado tanto por organizaciones obreras anarquistas como por socialistas y reformistas.²⁴ Aparte de esto, Baliño contribuyó también grandemente a lograr que el movimiento independentista cubano fuera visto con simpatía y apoyado también por el movimiento obrero de los Estados Unidos.

En ese entonces Baliño conocía ya el marxismo aceptando la plataforma de éste, no obstante —gracias a su realismo político de revolucionario— veía clara y explícitamente cuáles eran las tareas de actualidad de la lucha política. En 1895 escribió: "Yo no creo que la esclavitud ha sido abolida, sino que ha sufrido una transformación. En vez de la esclavitud doméstica para los negros solamente, tenemos la esclavitud industrial para blancos y negros. El esclavo de la plantación ha sido sustituido por el esclavo del taller. Y tan ardiente abolicionista soy para una forma de esclavitud como para la otra." Y a ello añadió también: "Yo no estoy TODAVIA (el subrayado es de Baliño— *A. A.*) por los procedimientos violentos en la cuestión obrera, ni lo estaré mientras tenga esperanzas de que por las vías pacíficas pueden llegar

²² Ibid, págs. 41—42.

²³ GARCÍA DEL PINO, CÉSAR: En el cincuentenario de Carlos Baliño, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1976, N. 1, págs. 85—117.

²⁴ Carlos Baliño. Documentos y artículos, Habana, 1975, págs. 33—38.

a plantearse las fórmulas redentoras del socialismo; pero dondequiera que los que estén en autoridad se opongan a la propaganda y al libre desenvolvimiento de las nuevas ideas, yo seré un rebelde contra esa autoridad, y si me viese en la alternativa de optar entre la revolución social o la perpetuidad del salario, yo optaría por la revolución con todas sus violencias y desastres. Le hago esta especie de profesión de fe..."²⁵

Entre los que conocían el marxismo se estaba formando ya en ese entonces la idea de crear un partido socialista (la misma fue planteada, por ejemplo, por Diego Vicente Tejera), pero, al mismo tiempo, los partidarios de la idea comprendían también que la constitución de tal partido no era todavía una tarea de actualidad en la etapa dada de la lucha independentista.²⁶ Baliño aprobó igualmente esta posición.

La guerra de independencia de 1895-98 era una causa defendida también por los obreros organizados. Las organizaciones surgidas en la emigración contribuyeron a la realización de los preparativos de la guerra de independencia con su ayuda material y su participación en los grupos armados, mientras que las organizaciones establecidas en la Isla lo hicieron desatando entre 1892 y 1894 vehementes movimientos huelguísticos ("una epidemia de huelgas"— expresión empleada por Blas Roca) que reivindicaban aumentos salariales, la introducción de la jornada de ocho horas y la readmisión de los trabajadores despedidos, así como mediante la institución de la lectura en los talleres, a través de la cual se divulgaban los materiales enviados por los clubs revolucionarios. Participaron también en las mismas luchas destacamentos importantes de los obreros organizados.

Sin embargo, la intervención de los Estados Unidos en la guerra (1898) significaba que la Cuba liberada pasaba a estar dominada por el gran vecino del Norte. Esta situación de neocolonia determinaba que el movimiento obrero tuviera, a fines del siglo XIX y principios del XX, nuevas condiciones y tareas.

La huelga surgida en noviembre de 1902 en señal de protesta contra la ley de aprendizaje ("Huelga de Aprendizaje") indicaba ya claramente que buena parte de los antiguos dirigentes de la guerra de independencia y la clase dominante nativa asumían una negativa absoluta frente a las reivindicaciones proletarias. Al haber solicitado los obreros el apoyo del Generalísimo de la pasada guerra de independencia, Máximo Gómez, éste les manifestó claramente su opinión relativa a que los huelguistas no eran otra cosa "que gente perturbadora, enemiga del orden público e influenciada por los anarquistas españoles, cuyo propósito era obstaculizar el afianzamiento de la República".²⁷

De modo que, a juicio de Gómez y otros, los obreros se convirtieron en enemigos de la patria. No obstante, los años subsiguientes testimoniaban que las débiles fuerzas burguesas que combatían la dependencia de la Isla respecto de EE. UU. (p. e., Manuel Sanguily), encontraban apoyo para sus posiciones prácticamente sólo entre los obreros. Se dieron entonces los primeros pasos para enlazar las luchas obreras y la lucha contra el imperialismo, y para ello constituyó un período importante el de 1906 a 1908 en que EE. UU. —no teniendo confianza en los gobiernos cubanos— envió por segunda vez su ejército de ocupación a la Isla, instaurando en ella una administración pública de carácter militar. Entonces las luchas obreras se centraban principalmente en combatir el creciente caos, originado por el manteni-

²⁵ AGUIRRE, SERGIO: op. cit., pág. 22.

²⁶ Ibid, págs. 22—23.

²⁷ RIVERO MUÑOZ, JOSÉ: El movimiento laboral cubano durante el período 1906—1911., Santa Clara, 1962, pág. 14.

miento en circulación de muchos tipos de medios de pago y por la aparición del dólar estadounidense. Este objetivo de lucha de los obreros es comprensible, si tenemos en cuenta que, en medio de las especulaciones, iba mermándose rápidamente el poder adquisitivo de la población.

Fue iniciada en La Habana una ola de huelgas con el paro decretado en noviembre de 1906 por los albañiles; la lucha de éstos, aun cuando hayan logrado un escaso aumento de sus jornales, resultó infructuosa. En febrero de 1907 el movimiento huelguístico que había partido de las fábricas de tabacos, se extendió ya a toda la industria tabacalera. En este caso la demanda fundamental consistía —para impedir las maquinaciones con el cambio de dinero— en que los salarios fueran pagados en dólares estadounidenses. La huelga adquiría también un carácter antimperialista e independentista debido a que la misma se desenvolvía —durante la ocupación militar estadounidense y contrariamente a los propósitos gubernamentales— en señal de protesta contra las actividades realizados por el Trust norteamericano que tenía en sus manos la industria tabacalera. Se creó, con la participación de los dirigentes sindicales de las fábricas, un *Comité de Huelga* que organizaba —dando muestras de una serenidad impresionante— no sólo la misma huelga, sino también el abastecimiento de los barrios de los obreros tabacaleros. Fue creado un *Comité Económico* que, valiéndose del fondo de solidaridad de las organizaciones obreras de La Habana, aseguraba el suministro de alimentos y ropa para estos barrios. El Comité de Huelga garantizaba también la asistencia jurídica y sanitaria a los tabaqueros y sus familiares. Durante las semanas de la huelga reinaba en los barrios obreros un orden inigualable.

La lucha contaba —justamente por haber sido librada contra el trust estadounidense y la administración militar— con el apoyo y simpatías de toda la capital. El apoyo material ofrecido por los pequeños comerciantes y las funciones de los cines de La Habana, organizadas para contribuir al fondo de huelga, significaron un estímulo para los huelguistas, y, además, se constituyeron *Comités de Socorro* en todas partes de la capital. La plana mayor de la huelga obtuvo también la solidaridad del proletariado norteamericano. En su carta enviada al A.F.L. informaron sobre sus objetivos y sobre la situación obrera cubana a los obreros organizados de EE. UU., obteniendo así el apoyo de muchos sindicatos del Norte.

Los problemas de la administración militar estadounidense se vieron aumentados por el hecho de que en mayo se declararon también en huelga, por conquistar la jornada de 8 horas, los trabajadores de la planta eléctrica y los ferroviarios en la gran ciudad oriental, Santiago de Cuba. En este lugar el paro laboral se convirtió, debido a las atrocidades cometidas por las tropas estadounidenses, en disturbios. Las empresas se vieron en la obligación de aceptar, como compromiso, la jornada laboral de 9 horas.

En junio en La Habana el Trust propuso a los tabaqueros un aumento salarial del 5 % que fue rechazado por éstos.

La actuación unificada y la amplia solidaridad obligaron al trust norteamericano a replegarse. Durante la primera semana de julio fueron aprobadas las condiciones de los huelguistas, entre las que figuraba también la de que no se empleara represión alguna contra los huelguistas y sus dirigentes. Tras una duración de 145 días la huelga finalizó el 15 de julio de 1907 con una victoria obrera. Al mitin, organizado el 21 de julio para celebrar la victoria, concurrieron todos los indicatos de La Habana.

El historial huelguístico del mismo año era continuado por los ferroviarios de Cuba (en este caso la administración estadounidense recurrió a los servicios de esquí); los ferroviarios fueron seguidos en enero de 1908 por los trabajadores del

ramo de construcción (albañiles y sus peones) que reivindicaban la disminución de las horas laborales. Esta huelga logró su objetivo, pero, al mismo tiempo, era infructuosa en 1908 una huelga de menor dimensión de los tabaqueros (“No Rebaja”).

Después de la finalización de la segunda intervención militar norteamericana continuaban las huelgas, en las que se percibía ya la presencia significativa del movimiento socialista; así fue, por ejemplo, en ocasión de la huelga de los trabajadores del alcantarillado y de limpieza pública de la capital (1911), en cuyo caso el gobierno republicano se valió también del arma de la *expulsión*. Por eso, las *Agrupaciones Socialistas* de La Habana constituyeron un *Comité de Protesta* intersindical para pronunciarse contra esta política.

El desarrollo del movimiento socialista en Cuba era inseparable, a principios del siglo XX, del nombre de Carlos Baliño. El primer intento, el Partido Socialista creado en 1899 por Diego Vicente Tejera, estaba saturado todavía de ideas socialistas pequeñoburguesas.²⁸ El mérito de Tejera consistía más bien en haber defendido consecuentemente, a fines del siglo XIX, la idea de que la clase trabajadora debía crear su propio partido político. Pero el principal representante de la lucha consecuente por lograr este objetivo llegó a ser Baliño. Este conmlitón de Martí volvió a la Isla en 1902 al haberse instaurado la República. La amenaza imperialista, de la cual José Martí se había dado cuenta hace tiempo, se convirtió en realidad: Cuba no tenía una verdadera y real independencia. Baliño tenía clara conciencia de esta situación y luchaba con ardor por la conquista de una auténtica soberanía nacional. Tenía perfecta conciencia de la necesidad de una lucha política y abogaba por una lucha disciplinada que estuviera dirigida por un “partido político popular fuerte”. Enlazaba con ello la lucha económica de la clase trabajadora por la creación de un “nuevo orden social”.²⁹

En sus comentarios relativos a los acontecimientos de 1905 a 1907 en Rusia testimonia palpablemente —polemizando con los reformistas— sus posiciones socialistas: “Hágase la transformación social sin derramar una gota de sangre si así es posible o derramando torrentes de sangre si así es necesario.”³⁰ En 1906 volvió a ocuparse de las enseñanzas ofrecidas por la revolución de Rusia: “Las miradas de todos los socialistas convergen hoy hacia Rusia”— escribió. Opinaba que la revolución rusa tenía una significación universal, representando el inicio de una nueva época, el de la revolución social: “...La Revolución Social está en marcha. Sus distintos destacamentos de ejército son los partidos socialistas de cada país. El de Rusia es uno de los más grandes, y allí, los liberales y los radicales políticos que toman parte en la revolución han convenido en poner su dirección en manos del Partido Demócrata Social.” Baliño reconoció que ello anunciaba la posibilidad de la *revolución permanente*: “Nadie puede predecir el curso que seguirá el movimiento de Rusia, ni el alcance que tendrá la revolución. Si triunfa ésta, puede ser que se detenga y se conforme con la conquista del Gobierno Constitucional y representativo a que aspira el elemento liberal burgués de la revolución; pero el Partido Demócrata Social, que tiene la dirección del movimiento, se propone llevarlo hasta la República Socialista.”³¹ (subrayado mío— *A. A.*)

En el período anterior a la primera guerra mundial fue Carlos Baliño el que en América Latina se aproximaba en la mayor medida al leninismo. Reconoció el in-

²⁸ Véase RIVERO MUÑOZ, JOSÉ: El primer partido socialista cubano, Santa Clara, 1962.

²⁹ CARLOS BALIÑO. Documentos y artículos, pág. 66.

³⁰ *Ibid.*, pág. 73.

³¹ *Ibid.*, pág. 133—35.

cio de la época de la revolución socialista, y enlazó la lucha proletaria con la lucha antimperialista democrática e independentista. Señaló que el interés proletario no es egoísta; es un interés que no va en perjuicio de otras clases. El obrero no puede mejorar su propio destino sin mejorar el de los demás. ¡No puede liberar a sí mismo sin liberar a todo el mundo!³² Baliño era, a principios del presente siglo, un destacado propagador y combatiente del marxismo revolucionario.

No obstante, Blas Roca señala que Baliño no era capaz de asumir, respecto de algunas cuestiones, posiciones consecuentemente marxistas. Uno de estos problemas fue la interpretación del papel del *trust*. Baliño lo consideraba como una fórmula que conducía hacia la producción, preparatoria del régimen socialista, prestando menor atención a los peligros importantes que el *trust* encerraba. Por otra parte, Baliño opinaba —haciendo resurgir prácticamente la idea de Lassalle relativa a la “Ley de Bronce de los Salarios”— que la lucha económica no podía mejorar la suerte de los obreros. Otra debilidad suya, de carácter teórico, consistía en su afirmación referente a que en el socialismo “todos los que trabajen reciban íntegro el producto de su trabajo”.³³

Sin embargo, estas inconsecuencias teóricas no impidieron que Baliño apoyara la lucha contra el imperialismo y las luchas económicas.

A juicio de Baliño la tarea más importante era, antes de que fuera creado el partido socialista revolucionario, la divulgación de las ideas del socialismo. Por eso, organizó en 1903 el *Club de la Propaganda Socialista*, y —después del trabajo preparatorio, realizado por éste— fue constituido en 1905 el *Partido Obrero Socialista* de orientación marxista, revolucionaria. Desde esa fecha Baliño, como dirigente de dicho partido, se encontraba siempre en las fábricas y a la cabeza de las huelgas, y su nombre figuraba constantemente en los periódicos y en los manifiestos. Se ocupaba también del problema de los obreros de color de Cuba. Haciendo referencia a la guerra de independencia, señala: “Nuestra revolución libertadora ha borrado los distinguos de razas y de colores.” Pone énfasis en que los negros en Cuba son trabajadores: “No hay en Cuba un banquero, ni un naviero, ni un almacenista, ni un hacendado negro.” Resalta que el partido “ha sido fundado por hombres de diversos colores y nacionalidades; vendrán a él más hombres de color sin necesidad de anzuelo...”³⁴

En 1906 el Partido Obrero Socialista se fusionó con la *Agrupación Socialista Internacional*, creándose así el *Partido Socialista de Cuba*. Un año después se incorporó a éste el Partido Socialista con sede en la ciudad de Manzanillo. El Partido Socialista participaba activamente en los movimientos huelguísticos, desarrollados antes de la primera guerra mundial.³⁵

No obstante, el propio movimiento sindical cubano estaba desunido durante las primeras décadas del presente siglo. Era muy elevado el número de gremios reformistas y mutualistas, seguía siendo fuerte la tendencia anarcosindicalista, pero, al mismo tiempo, se percibía también la creciente influencia de los socialistas revolucionarios. En la primera década del siglo XX apareció también, aparte de las federaciones sindicales constituidas dentro de una misma ciudad (en 1902 existían 30 federaciones de este carácter), la federación de un determinado ramo de la industria, primero, en la industria tabacalera; la federación creada en 1907 en la ciudad de Manzanillo testimoniaba que los obreros socialistas y los anarcosindicalistas eran capaces de realizar acciones conjuntamente. Sin embargo, seguían existiendo de un

³² Ibid, pág. 125.

³³ Ibid, págs. 98—101.

³⁴ Ibid, págs. 87—88.

³⁵ Ibid, págs. 215—33.

modo duradero los conflictos en el seno del movimiento sindical, y en 1914 el Gobierno quería aprovecharse justamente de este fenómeno: alentaba a los gremios reformistas que organizaron un congreso obrero con el fin de crear una central sindical nacional. El congreso testimoniaba palpablemente la fuerza del proletariado organizado: asistieron a él 1.200 delegados en representación de 650.000 obreros. El Gobierno deseaba la existencia de una central colaboracionista, y habría servido también para un fin similar el *Partido Socialdemócrata*, creado en el congreso obrero.³⁶ Las tendencias radicales y revolucionarias del movimiento obrero, reconociendo claramente las maniobras del Gobierno proyanqui, rechazaron este intento. Por lo tanto, en la década de los años 1910 no pudo establecerse la unidad del movimiento sindical cubano, pero, al mismo tiempo, el Gobierno tampoco logró instaurar su control sobre el movimiento obrero que iba adquiriendo un carácter cada vez más intensamente antimperialista.

Anderle Ádám

A KUBAI MUNKÁSMOZGALOM KORAI KORSZAKA

A tanulmány a kubai munkásmozgalom első lépéseitől kezdi vizsgálódását. Rámutat arra, hogy Kuba sajátos történeti fejlődése: a gyarmati helyzet, a rabszolgaság léte, az etnikai sokféleség, a gyarmati és afrikai kulturális örökség, a spanyol bevándorlás folyamatos jellege és az iparfejlődés sajátosságai (cukorszektor, dohányipar) határozzák meg a kubai munkásmozgalom fejlődését indulásakor és az egész korai korszakban. Kiemeli, hogy a munkásosztály kialakulásakor különösen nagy különbségek tapinthatók ki az egyes munkásrétegek között. Az Európából érkezők az I. Internacionálé eszméit hozták magukkal: a marxizmust és az anarchizmust. Emellett azonban a proletariátus soraiba kerülő volt rabszolgák (kikötői munkások, cukorproletárok pl.) még afrikai isteneiket őrző vallási jellegű szektákban (santeria, abakua-társaságok) tömörültek. Ez a helyzet a forradalmi mozgalom legfejlettebb osztagaitól nagy toleranciát, a munkáségység szektarianizmustól mentes megvalósítását követelte.

A szerző megállapítása szerint a kubai munkásmozgalomra kezdettől fogva jellemző volt a faji előítéletek elutasítása. Másik fontos vonása a korai munkásmozgalomnak, hogy felismerte a nemzeti függetlenség fontosságát és döntő szerepet játszott e korszak függetlenségi küzdelmeiben.

A tanulmány különösen fontosnak tartja kiemelni, hogy az USA-expanzió miatt Kubában rendkívül korán érzékelték az imperializmus jelenlétét és veszélyét. Ez több fontos következménnyel járt. Egyrészt a kubai munkásmozgalomban nem volt nagy bázisa a reformizmusnak a századforduló tájékán. Másrészt a politikai párt szükségessége korán tudatosult a munkásmozgalomban. Harmadszor, az imperializmussal való heves küzdelmek magyarázzák, hogy Latin-Amerikában a század első éveiben a kubai munkásmozgalom, Carlos Baliño tevékenysége révén jutott elméletileg legmagasabbra.

A tanulmány bemutatja, hogy Carlos Baliño 1905—7 körül éppen az oroszországi események elemzése alapján jutott közel a lenini permanens forradalom gondolatáig, és ismerte fel az új korszak, a „szociális forradalmak” korszakának elindulását. A szerző Baliño írásait elemezve arra a következtetésre jut, hogy Latin-Amerikában Carlos Baliño jutott el legközelebb a leninizmushoz a század első évtizedeiben.

Baliño elméleti és szervező tevékenysége a kubai munkásmozgalom korai korszakának utolsó fejezetét jelentette. Ennek ellenére mégis indokolt 1925-tel, a kubai Kommunista Párt megalakulásával zárni e korai korszakot. Ennek az az oka, hogy az USA neokolonialista uralma a század első negyedében meggátolta a munkásmozgalom lendületes fejlődését.

³⁶ TELLERÍA, EVELIO: op. cit., págs. 49—80.